

opinión; así se concluyó por creer que acusaciones que se veían sin cesar reproducidas en los periódicos no podían ser del todo infundadas. Las gentes se dejaban atemorizar por esos fantasmas de teocracia, de partido clerical, de congregación, de absolutismo, de *camarilla*, que la prensa señalaba cada día como ejerciendo una influencia siniestra y prontos en cierta manera á absorberlo todo. Los folletos y periódicos de la impiedad habían derramado su veneno, no solo entre la muchedumbre ignorante y crédula, sino también en las clases más elevadas, en las que el olvido de la Religión disponía á acoger las preocupaciones más injustas.

El espíritu revolucionario, como engendrado por una filosofía que desde su origen conmovió todos los fundamentos del orden público, es esencialmente enemigo de todo freno, sobre todo del freno religioso; y de este principio proviene su odio implacable á los sacerdotes (1). No había, pues, motivo para admirarse de que hubiese una aversión cada vez más arraigada contra el orden sacerdotal entre los hombres de la revolución. Pero ¡cosa deplorable! muchos hombres monárquicos, especialmente en la corte, no estaban esentos, respecto al clero, de preocupaciones inveteradas y de una antipatía secreta, triste fruto de la escuela de Voltaire, cuya influencia epidémica había hecho tantos estragos en las clases más elevadas de la sociedad. La atmósfera contagiosa, en medio de la cual vivían los nietos de San Luis, había hecho penetrar su sutil veneno con el concurso oficioso de una falsa sabiduría hasta cerca de esos príncipes talmente prevenidos, á pesar de su piedad, contra el imperio de la autoridad espiritual y contra el peligro imaginario de sus invasiones, que habían contraído una especie de

(1) *Amigo de la Religión*, t. 67, p. 382.

frialdad silenciosa hácia los eclesiásticos. Esta reserva acaso no se había desmentido ni una sola vez en el invariable continente de Luis XVIII; y por comunicativo y afectuoso que fuese Carlos X, no se mostraba pródigo con el clero de los testimonios siempre afectuosos de su bondad natural. La familia Real, en una palabra, por efecto de las tristes impresiones de que hemos hablado, ó de una circunspección tímida, se precavía hasta el exceso contra el cargo de dejar tomar un ascendiente abusivo á los ministros de la Religión.

Así ninguna acusación fué más falsa que la supuesta existencia de una *camarilla*, de la que, sin creer en ella, una ruin malignidad se complacía en hacer una especie de bandera episcopal en el seno de la corte (1). Se ol-

(1) El autor de la *Historia de la restauración y de las causas que acarrearón la caída de la rama primogénita de los Borbones* (1833, 2.^a edición, t. 10, p. 352 y 353) se atrevió sin embargo á señalar la influencia del nuncio sobre Carlos X y sobre la *camarilla* del palacio Real, como una de las causas activas de la catástrofe de 1830.

La acusación se apoya en dos hechos igualmente falsos: 1.^o la influencia del nuncio sobre Carlos X; 2.^o la que se supone ejercía sobre la *camarilla* del palacio Real.

El ilustre y sábio prelado gozaba del aprecio del rey y de la corte; pero se ocupaba exclusivamente y por los medios ordinarios en los negocios de su nunciatura, sin tener, ni procurar obtener una influencia especial sobre el monarca. No iba al palacio más que los días marcados por la costumbre ó etiqueta, y siempre manifestaba una reserva estremada. Jamás tuvo con el príncipe ni con otros personajes políticos conferencia alguna sobre los negocios interiores de la Francia. Por otra parte Carlos X no trataba de los intereses del Estado más que con sus ministros, y este soberano tenía por principio sustraerse á la influencia extranjera.

Con respecto á la *camarilla* ¿cómo hubiera podido dirigirla el nuncio, cuando ni siquiera había tal *camarilla*? Además, no puede admitirse la imputación temeraria de que fué objeto el nuncio, después cardenal Lambruschini, sin desconocer enteramente ese carácter á la vez tan elevado y tan delicado, tan leal y tan franco, tan distante de las intrigas. El alto aprecio y la respetuosa consideración cuyo homenaje recogió en todas partes el cardenal, así en París como en Roma, protestan contra una acusación tan inverosímil como infundada.

vidaba sin duda que ya no había secreto posible en Francia, al menos en la corte. Hubiera sido muy estraña esta misteriosa reunión de prelados, que no tenían en realidad vínculos particulares, ni relaciones de situación ni de interés, ni crédito alguno, y de los que ni uno siquiera en el espacio de muchos años, esceptuando Frayssinous y Feutrier que formaron sucesivamente parte del ministerio, fué admitido, sino es por algunos instantes, á conversar con el monarca. Esta corte infortunada no tenía demasiada deferencia más que para con sus propios detractores, y si hacia imprudentes concesiones y peligrosos sacrificios, era mucho menos en favor de sus amigos que en el de sus enemigos.

Con igual injusticia se procuraba hacer recaer sobre el clero lo que se llamaba *inclinaciones monacales* y *jesuitismo* de Carlos X; suposición inalficible, que se pretendió acreditar, representando al rey bajo la figura de uno de esos religiosos proscritos y bajo un aspecto grotesco. Se contaba probablemente con que la Francia había olvidado por el abuso de qué autoridad acababan de ser destruidos los establecimientos de estos fervorosos religiosos, y en nombre de qué príncipe con ocasion de ellos se hallaban escluidas de la enseñanza pública todas las congregaciones. Carlos X, bajo la forma de una caricatura de jesuita, fué entregado á los insultos del populacho: tal fué para este monarca el pago de los decretos de 16 de junio de 1828.

No era menos infundada la calificación de *teocrático* que se daba al gobierno de la Restauración. Por una parte la tribu levítica, tan

El cardenal Lambruschini, hoy secretario de Estado de Su Santidad el Papa Gregorio XVI, ocupará su lugar en la historia; pero ocupará un lugar glorioso, ya como nuncio de la Santa Sede en Francia, ya como primer ministro de uno de los Pontífices más grandes que han gobernado la Iglesia.

decaída en cuanto á lo temporal desde el despojo revolucionario que completó en el reinado de Luis XVIII la ley que arrebató al clero sus bosques no enagenados, no había cesado de tomar, casi en su totalidad, sus elementos en la clase del pueblo, y la teocracia de sus alumnos, que no vivían más que de limosnas, no parecía ser temible. Por otra parte, nada parecía más distante de una teocracia verdadera que un estado de cosas en que el clero, enteramente estraño á la política, se veía sin cesar contrariado en el ejercicio de su ministerio espiritual, encadenado en sus atribuciones más esenciales, abandonado á merced de periódicos hostiles y abrevado de disgustos. Desde la Restauración no había habido más de teocracia que de despotismo, y la verdadera falta de aquel gobierno era carecer de ese vigor de carácter, de esa fuerza de voluntad, que no se reemplazan ni con la piedad más verdadera ni con las intenciones más puras. Haciendo justicia á lo que de noble y generoso había en el último hermano de Luis XVI, debe deplorarse que se dejase conducir, como este príncipe, por las maquinaciones de los enemigos de la Religión, hasta el borde del precipicio que un esfuerzo tardío no pudo hacerle evitar.

La crisis era inminente y al fin llegó.

Con ocasion de los decretos de 25 de julio de 1830, la impiedad dió la señal, é inmediatamente en todos los puntos del reino tuvo principio una larga serie de vejaciones y de violencias. Iglesias saqueadas, cruces arrojadas por tierra, proscritas las señales exteriores de la Religión, perseguidos y obligados á huir los obispos y los curas, devastadas sus casas, invadidos ó cerrados arbitrariamente los seminarios, denunciados en todas partes los sacerdotes y pastores por los pretextos más absurdos; tal vino á ser el resultado del complot, cuyo origen, desarrollo y éxito aca-

bamos de señalar con inocuidad en esta revista retrospectiva.

Evidentemente los conspiradores atacaron á la Religión de Jesucristo, freno saludable de las malas pasiones, mas bien que á la persona de Carlos X. Encontraron á los nietos de San Luis en su camino, y temiendo que en su dinastía se afirmasen las esperanzas ulteriores de los católicos, resolvieron su proscripción: en su pensamiento la revolución política no era mas que el medio de llevar á cabo la revolución religiosa. Pero entre el trono que hicieron pedazos, y el altar que iban á destruir, se interpuso el brazo de Dios.

El Nuncio apostólico y el arzobispo de Paris no supieron los decretos de 25 de julio sino por el *Monitor*.

El señor Quelen que habia ido el lunes 26 desde su casa de Conflans al palacio arzobispal para presidir su consejo, habiéndolos leído en el periódico oficial, dijo á sus vicarios generales: «Todo eso es bueno en el papel, pero guardemos nuestras cabezas.» Por la tarde volvió á Conflans, donde permaneció los dias siguientes (1).

El arzobispo de Paris no era uno de los primeros á quienes Carlos X hubiera hecho la confianza de los decretos, elaborados por otra parte con el mas profundo secreto; pero los revolucionarios se aprovecharon de su pastoral sobre la toma de Argel (2) y del discurso que dirigió á Carlos X en el pórtico de la catedral (3) para suponer que Quelen habia proclamado de

(1) Rozet, *Crónica de julio de 1830*, t. 2, p. 243.

(2) Habia dicho en la pastoral: «Tres semanas han bastado para humillar y reducir á la debilidad de un niño á ese musulman poco há tan soberbio. ¡Así sean tratados siempre y en todas partes los enemigos de nuestro rey y señor! ¡Así sean confundidos todos los que se atreven á sublevarse contra él!»

(3) Habia dicho en el discurso: «Ojalá pueda V. M. recibir muy luego una nueva recompensa! ¡Ojalá pueda venir aun á dar gracias al Señor por otras maravillas no menos dulces y admirables!»

antemano el golpe de Estado; mas lejos de estar iniciado en esta medida, se hallaba en una especie de desgracia para con el príncipe. Se habian atribuido á una oposición sistemática y sostenida dos de sus discursos en la Cámara de los Pares y en la Academia francesa: así se escaseaban los testimonios de benevolencia para con él. No se le consultaba sobre las cosas que tenían relación con la Religión; mal pues se le iria á consultar en lo relativo á la política (1).

Cuando la insurrección sublevó á Paris, el secretario, el subsecretario del arzobispado y dos seglares agregados á la secretaría, eran los únicos que se hallaban con los conserjes en el palacio arzobispal (2). El miércoles 28 los dos eclesiásticos fueron desde por la mañana advertidos de que iba á dirigirse al palacio arzobispal una turba de los alborotadores. Apoyados en su inocencia, y no pudiendo persuadirse que se llegase á los últimos extremos ignorando por otra parte que ya se andaba á tiros en la ciudad, no se alarmaron mucho con semejante aviso. No obstante, el subsecretario salió á las diez y fué á buscar un asilo fuera de la casa. El secretario se entregó á sus ocupaciones ordinarias hasta las once, á cuya hora nuevos avisos le decidieron al fin á partir. Ambos se retiraron sin tomar ninguna precaución para salvar sus efectos, pues tanta era aun su seguridad.

Poco tiempo habia trascurrido desde su partida, cuando se presentó una turba por la tarde en la verja principal del palacio, cerca del Puenteillo, y pidió que se la abriese, porque se queria colgar al arzobispo en la bandera tricolor, que acababa de enarbolarse en lo alto de una de las torres de la catedral (3).

(1) *Amigo de la Religión*, t. 74, p. 434.

(2) *Ib.*, t. 65, p. 93.

(3) Rozet, *Crónica de julio de 1830*, t. 2, p. 255.

Después que se aseguró á aquellos furiosos de que no estaba, pidieron se les entregase los *clerizontes* que estaban á su servicio para colgarlos en su lugar. Por último se marcharon, anunciando que volverian á la mañana siguiente:

En la mañana del 29 se tuvo noticia de que el saqueo tendria lugar durante el dia; pero esta noticia no llegó á debido tiempo para que se pudiesen evitar los efectos del ataque, salvando al menos algunos objetos. A las nueve, un grupo como de unos ochenta hombres volvieron á situar la verja con pretexto de buscar cuatro mil fusiles y algunos jesuitas que suponian estaban ocultos en los subterráneos. El conserje, que se atrevió á hacerles algunas observaciones, estuvo á punto de perder la vida y se vió forzado á obedecer. Desde que se abrió la primera verja, los sicarios, seguidos de una muchedumbre que ascendia á mil y doscientas ó mil y quinientas personas, incluso unas doscientas mugeres, se precipitaron hácia el primer patio. Algunos jóvenes adelantándose á los demas, se introdujeron por el jardín en la casa, y por las ventanas dispararon tiros, dando de este modo la señal al resto de la turba. Posteriormente, invadido el vestuario de la iglesia, y rotos los armarios, algunos de los agresores se cubrieron con las solanas y bonetes, y en este traje hicieron tambien fuego desde las ventanas, para hacer creer á los de fuera que los canónigos atacaban al pueblo. ¡Por cierto que era muy probable, que unos cuantos canónigos septuagenarios ú octogenarios acudiesen en traje de coro á batirse con dos mil furiosos! En fin, se finjió creerlo: quizás hasta se creyó, porque ¿qué es lo que no se cree? La misma acusación se estendió á los seminaristas y á los familiares del arzobispo; pero ni un solo seminarista, ni un solo familiar habia en la casa: solamente se hallaban los dos con-

serjes ocupando sus respectivos puestos. Entre los devastadores unos llevaban fusiles y sables; las demas hachas, palancas, cuerdas y esos instrumentos que los ladrones usan para descerrar puertas.

La secretaría, situada en el piso bajo entre los dos patios, fué el primer lugar devastado. La puerta de entrada fué violentada, y muy luego aquel local no ofreció mas que un monton de registros, papeles, libros y cartones hechos pedazos. Todos los títulos de la diócesis y antiguos archivos que se habian salvado del desastre de la primera revolución fueron destruidos. Muchas reliquias de Santos fueron profanadas, y dos preciosos relicarios enteramente nuevos quedaron hechos pedazos. El dinero destinado al pago de las pensiones de los eclesiásticos enfermos y á los gastos de los establecimientos diocesanos, desapareció exceptuando un saqueo de 2,400 francos trasladado con afectación al hospital.

La muchedumbre se precipitó después en el segundo patio, y se presentó en la habitación principal destinada al arzobispo. Una parte bajó á pretexto de buscar los fusiles y los jesuitas, á la bodega donde se hallaba el vino para las misas de la catedral y las de la casa, se estrajo todo el vino, y se bebió en abundancia. Otra parte subió al primer piso y haló todas las puertas abiertas, segun la orden que habia dado el arzobispo. Allí comenzó una devastación espantosa.

El palacio arzobispal, restaurado por orden de Napoleon, que lo habia destinado en un principio para residencia del cardenal Fesch y posteriormente para la de Pio VII, cuando quiso hacerle ir á Paris, se hallaba en buen estado y muy adornado. Antiguas ensambladoras, ricas y doradas, muebles, colgaduras, adornos, mármoles de chimeneas, arañas, espejos, libros, cuadros, todo fué destrozado,

roto y quemado ó arrojado al Sena. El altar de la capilla fué derribado y demolido. La vagilla, propiedad de la ciudad de Paris, fué arrebatada de una arca de hierro: se robó una parte, se estropeó la otra, y se arrojó el resto al río. Una gran parte de la ropa blanca se envió al hospital para los heridos. Todas las cerraduras fueron forzadas, los menores objetos desaparecieron, y aquellas espaciosas y ricas habitaciones no ofrecieron ya mas que el triste espectáculo de una completa destrucción.

Entre los objetos preciosos que habia en el palacio arzobispal se hallaba un santo Cristo de marfil, obra maestra de escultura anatómica, que Luis XIV habia regalado á madama de La Valliere cuando hizo su profesion, y cuya imágen se habia hallado, en 1791, en el convento de los carmelitas de la calle de Santiago, cuando la supresion de los conventos, y que Napoleon habia hecho sacar despues del guarda-muebles para adornar el palacio arzobispal cuando quiso hospedar en él al Papa. Este Crucifijo, lastimado con dos golpes de un instrumento cortante, fué conducido al hospital por dos hombres del pueblo que acababan de contribuir á las devastaciones: despues de haberle depositado, se arrojaron, y le abrazaron diciendo: «Dios mio, yo os amo.»

La estatua de plata de la Virgen Santísima, que Carlos X habia cedido á la catedral, fué arrojada por la ventana al suelo, rompiéndose el pedestal: treinta y tres marcos de plata que componian la ornamentacion, fueron robados, así como los pies y el zócalo bruñido de la estatua. Los portadores que depositaron en el hospital esta estatua así mutilada, dijeron al entrar: *Tomad a nuestra piadosa madre que os traemos* (1).

(1) Entre los objetos preciosos que encerraba el palacio arzobispal, habia tambien una cruz pequeña

Despues de haber devastado el piso principal, la turba se dirigió al segundo, que ocupaban la mayor parte de los eclesiásticos empleados en el palacio arzobispal, un oficial de la secretaría y los criados. No quedó cuarto ni rincon por pequeño y oscuro que fuese que no registraran escrupulosamente, del que no se llevaran hasta los objetos de menos valor que encontraron. Las puertas se abrian á culatazos, y los armarios se rompian á hachazos. El secretario y el subsecretario tenian cada cual su biblioteca: sus libros fueron arrojados por las ventanas á la calle y de la calle al río. Ropa blanca, vestidos, muebles, papeles de familia, títulos, nada se respetó, todo desapareció, y en pocas horas los habitantes del segundo piso se hallaron en la mas completa desnudez.

A pesar de tantos destrozos, la devastacion no era completa; no se habia tocado todavía á la habitación del abate Desjardins y á la del ayuda de cámara del arzobispo; pero luego sufrieron la misma suerte que las demas. Finalmente, hasta los conserges vieron hecho pedazos cuanto tenian en sus modestas habitaciones.

El palacio arzobispal tenia comunicacion con la catedral, y esta comunicacion dió lugar á un nuevo desastre. A las diez, veinte hombres penetraron en la sacristía del cabildo;

adornada de diamantes, y en la que se hallaba engastada una pequeña porcion de la verdadera cruz: habia pertenecido á la reina Ana de Austria, quien la llevaba habitualmente. Desapareció en la devastacion, pero fué restituida posteriormente durante los estragos del cólera. Un enfermo que se confesó no quiso morir con esta cruz acusadora, y pidió que se restituyese al verdadero propietario. La mayor parte de los diamantes habian desaparecido; pero la partícula de la verdadera cruz permanecia intacta.

Casi en la misma época se restituyeron un cáliz y dos patenas pertenecientes al palacio arzobispal. Estos objetos se hallaban en tal estado que apenas podia reconocerse su primer destino. Se habia desfigurado su forma, pero al menos la materia se habia conservado. (*Amigo de la Religion*, t. 72, p. 214.)

dos de ellos forzaron la puerta de un armario, hicieron pedazos una custodia de plata sobre la rodada y dividieron entre sí los trozos, que ocultaron bajo sus vestidos. Sin embargo, á instancia del sacristan se evacuó este lugar y se cerró la puerta. Al medio día subieron los alborotadores á la sala capitular y destruyeron los retratos de los arzobispos. Penetraron en la tesorería, y arrojaron por el suelo todos los ornamentos sacerdotales. Algunas mujeres inteligentes arrebataron las franjas, los galones y las partes mas preciosas. Se derramaron los santos óleos, se destruyeron las cruces, las lámparas, los candelabros, las arañas. Algunos individuos entraron en la iglesia y se empeñaron en que se les abriese el coro para ir á destrozar las estatuas de los reyes. Se les hicieron algunas observaciones, y al fin se retiraron; pero al irse rompieron los armarios del vestuario, y saquearon los hábitos de coro. Llegaron otros y hablaron tambien de ir á hacer pedazos las estatuas; ya estaban á punto de escalar las verjas del santuario, cuando se dejó oír un espantoso estruendo. Eran varias mesas de mármol arrojadas desde el primer piso del palacio arzobispal al patio, y muebles lanzados por las ventanas del segundo piso y que alcanzaron y rompieron los vidrios de la media naranja de la iglesia. El miedo se apoderó de los devastadores, creyeron que se hacia fuego sobre ellos y se salvaron; y ya no volvieron á entrar en la iglesia. El sacerdote tesorero, aunque extraño al palacio arzobispal, no fué respetado; invadida su habitación, no fué tratado mejor que los demas.

Dos jóvenes empleados en el hospital se habian presentado en el palacio arzobispal, confiados en que podrian contener á los devastadores, pero fué en vano. Se formó la cadena para llevar á la orilla del río todo lo que se habia arrojado por las ventanas: allí

B. del C., tomo XXIII.—X.—HISTORIA ECLESIASTICA.—Tomo VIII.

precipitaban los objetos al agua ó á una gran hoguera que habian encendido. Hombres armados amenazaban á todos los que procuraban retirarlos. Las llamas de la hoguera iban á comunicarse á los edificios, y el hospital podia verse comprometido. Desportes, uno de los administradores, se presentó allí con el doctor Breschet: los dos persuadieron á los que alimentaban el fuego á que cesasen en esta operacion, y á los que formaban la cadena que llevasen agua para apagarlo. Se apagó aunque duraba hacia dos horas, y hubiera podido propagarse á la iglesia y causar grandes desastres en un tiempo de sequía y en un momento de agitacion en que los socorros no hubiesen sido ni prontos ni fáciles. En menos de siete horas se despojó enteramente el palacio arzobispal, y solo quedaron las paredes.

Y aun querian arruinar estas con el incendio, cuando los doctores Caillard y Breschet, que acudieron desde el hospital, hicieron abandonar este proyecto, haciendo presente que seria comprometer la vida de los heridos y enfermos del hospicio. A cosa de las cuatro se presentó Desportes con muchos alumos, ceñidos de un delantal de servicio y precedidos de algunas angarillas: anunciaron que no pudiendo el hospital contener ya á los heridos, se iba á hacer preparar las salas del palacio arzobispal para recibirlos, y en su consecuencia era preciso se retirase todo el mundo. Recorrieron las diferentes piezas y consiguieron hacerlas evacuar. Al mismo tiempo llegó un destacamento de guardia nacional que los secundó.

Si á todos estos pormenores se agregan siete asesinatos perpetrados durante la devastacion en el mismo palacio arzobispal ó junto al jardín, fácilmente se comprenderá que la desolacion llegó á su colmo en una casa, que aun en la época de la primera revolucion no

había sido teatro de semejantes horrores.

Había en el palacio arzobispal dos especies de fondos: por una parte lo que se hallaba destinado para diferentes obras diocesanas, á saber: el producto de la colecta para el pago de la urna de San Vicente de Paul, los fondos de la caja diocesana que servían para dar pensiones a los sacerdotes ancianos y enfermos, los fondos para el gran seminario, un trimestre de la colecta para la conservación del pequeño seminario, los fondos de la secretaría, algunos depósitos para diversos destinos piosos; y además lo que pertenecía como propio al palacio del arzobispo. Había vendido por más de 40,000 francos de algunas rentas que poseía de su patrimonio, para consagrarlas al establecimiento de los sacerdotes de San Jacinto, que meditaba hacia muchos años: había además percibido de madama Hocquart, su tía, un legado de 400,000 francos. Estos 300,000 francos se hallaban en la caja particular del prelado y en su propia habitación. Como la mayor parte de las cantidades que acabamos de indicar, se hallaban en billetes de Banco, no fué difícil á los devastadores encontrarlos y arrebatarlos (1). Así desaparecieron todas en pocas horas á escepcion de 2 400 francos, trasladados al hospital con cierto aparato, y de 3 000 que se encontraron después en tierra bajo de montones de papeles, y que el

(1) Fouvert presentado ante la policía correccional, en 24 de setiembre de 1830, como sospechoso en el robo del palacio arzobispal, había tenido por su parte dos billetes de 1 000 francos y monedas de oro que había por otra parte disipado en poco tiempo. Fué sin embargo absuelto, gracias á sus protestas de patriotismo.

Los billetes de banco que los devastadores ocultaban fácilmente en sus bolsillos, no eran de tal naturaleza que fuesen á comprometer la revolución: pero habiéndose encontrado á una muger que se había apropiado una taza de plata, como esta era muy visible y este robo público manchaba imprudentemente las gloriosas jornadas los vencedores mataron á la desgraciada que se había apropiado este objeto.

arzobispo distribuyó entre las personas de su casa que habían padecido más en los desastres. Sus pérdidas eran, pues, enormes.

Aquel mismo día (miércoles 28) se llevaron al hospital cerca de quinientos heridos: los conductores decían del arzobispo que era un malvado, que mandaba tirar sobre el pueblo, que era preciso matarle, y que se le iba á buscar por todas partes. Caillard, médico de servicio en el hospital, y que era también médico del prelado, al oír estas palabras amenazadoras, resolvió ir á Conflans á prevenir al Sr. Quelen.

Partió solo y á pie el jueves 29 por la mañana, atravesó fuera de la barrera por entre muchas turbas que iban y venían, llegó á Conflans, y anunció al arzobispo que era preciso salvarse lo más pronto posible. El prelado no podía creer fuese tanto el peligro; pero Caillard insistió, añadiendo que era preciso que se disfrazase; y el alcalde de Charenton, que llegó al mismo tiempo, dió igual consejo.

«No quiero, ni debo abandonar mi diócesis, dijo el arzobispo: en las circunstancias peligrosas el lugar del pastor es en medio de su rebaño.» — «Monseñor, replicó Caillard, no me atreva á decirlo; ese es el partido más digno de vos, y quizá también el más seguro. ¡Ea bien, venid al hospital, y yo mismo os ocultaré!»

El Sr. Quelen consintió en partir; pero declaró que no abandonaría al abate Desjardins, que le había prestado grandes servicios: «le salvaré conmigo, dijo, ó moriré con él.» Se hizo presente al prelado que el abate Desjardins no corría peligro alguno; que no se trataba de él, y que era más difícil salvar á dos personas que á una sola. Desjardins le suplicaba también no se ocupase de él; pero el Sr. Quelen insistió en no separarse de su amigo. Después de haber dejado

en solana, partieron juntos en una calesa, y tomaron el camino de París por el nuevo puente sobre el Sena, á la barrera de la Gare. Llegados á la Verrerie, se vieron rodeados por una turba de hombres armados, que abrieron la portezuela, y pusieron la bayoneta al pecho del arzobispo y de su vicario general. El abate Desjardins, queriendo evitar el golpe de que se veía amenazado, fué herido en la mano. «Estos son curas, decían aquellos hombres: vosotros sois la causa de todo esto.» — «¿Causa de qué? respondió el abate. Nadie es causa de lo que ignora. ¿Qué hay? Ya veis que llegamos ahora á París. Vamos al hospital; hay heridos á quienes podremos ser útiles.» — «Eso no es cierto.» — «Os aseguro que vamos al hospital.» Uno de aquellos hombres, ocultando benévolas intenciones bajo bruscos modales, cerró violentamente la portezuela.

A vista de las reuniones formadas por todos lados comprendió el arzobispo que no había medio de llegar al hospital, y se desvió hácia la Salpetriere. La puerta de este hospicio se hallaba cerrada; pero se dió á conocer al oficial del destacamento, y se abrió. Poco después este destacamento fué desarmado por el pueblo. El arzobispo fué recibido por el capellan en su habitación. Todo el mundo le reconoció: las mugeres iban á arrojarse á sus pies, y pedir su bendición.

Era claro que el prelado no podría permanecer por mucho tiempo en este asilo: se sabía que se hallaba en él, y un jóven amenazó ir á matarle. «Tengo dos pistolas, decía aquel desgraciado: quiero saber si un discípulo de Jesus muere con la misma sangre fría que uno de Saint-Simon. Le tiraré un pistoletazo, y luego me suicidaré yo con otro.»

Caillard, al volver de Conflans, fué á prevenir á Serres, médico de la Piedad, que el

arzobispo iba á llegar á París, y que tal vez le pediría le recibiese en su casa. Habiendo hecho saber el prelado á Caillard que no podía presentarse en el hospital ni en el palacio arzobispal, este médico y Serres, su amigo, fueron por la noche entre nueve y diez á la Salpetriere, é hicieron que el arzobispo los siguiese. Los capellanes de la casa insistían en que el prelado no se ausentase, y los pobres que llenaban los patios, le rodeaban con interés por todas partes. Había tomado el vestido de Serres, que le daba el brazo, y Caillard conducía al abate Desjardins. Como Serres era conocido en aquel barrio, nadie se opuso á que pasase.

El tiempo demostró que se había tenido razón en no dejar al arzobispo en la Salpetriere. Doseientos hombres se hallaban emboscados para atacar este hospicio á la mañana siguiente muy temprano, lo que hicieron en efecto á las cuatro. Querían absolutamente apoderarse del prelado. «Allí está, decían, lo sabemos; se le ha visto entrar; aquí está su carruaje.» Se confesó que había venido; pero se aseguró que ya no estaba, y se añadió que un médico del hospital se le había llevado. La turba se apoderó de su carruaje, que fué conducido á las casas consistoriales. Se difundió, pues, el rumor de que el arzobispo se hallaba en el hospital, y dos alumnos internos de esta casa advirtieron á Caillard que se quería hacer una visita domiciliaria en él. Le suplicaban les confiase la persona del arzobispo, prometiendo ocultarle bien: en efecto, nadie hubiera ido á buscarle allí.

El prelado pasó tres días en casa de Serres, donde fué tratado con las consideraciones debidas á su carácter y posición. El doctor Lisfranc, también muy liberal, compartió los cuidados generosos de aquel médico. El arzobispo supo en la Piedad, por medio de los periódicos, que él, así como los canóni-